

cual un patriarca se retira á vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por el pueblo, amado por sus amigos : enemigos, no los tuvo, ¡ hombre raro y feliz ! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y ésta de fuente impura, viene á molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino el resplandor que circunda al mayor de los sud-americanos. Washington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos.

LOS BANQUETES DE LOS FILÓSOFOS

LOS BANQUETES DE LOS FILÓSOFOS

PRELIMINARES

El flujo por reunirse los hombres entre ellos para las cosas de la vida, es ley de la naturaleza manifestada con vigor en todas las situaciones del género humano. Soledad es infracción de esa ley; infracción que trae consigo desazones á las veces envueltas en la dulce amargura que saboreamos como deleite del orgullo, ó tenemos por descuento de la ojeriza y los males con los cuales nos despechan nuestros semejantes y nos arrojan del seno de la comunión social. La misantropía, casi siempre, es la virtud desengañada y herida en sus nobles misterios: aborrecer la compañía de los demás no es dar indicios de corazón mal formado ni de estrago lastimoso en los sentimientos del ánimo: Platon afirma que de la experiencia muchas veces repetida proviene ese despego que vuelve hosco y huraño al individuo de altas prendas en quien concurren pensamientos elevados y deseo de orden y moral inrestricta: no halla ése en sus hermanos lo que busca, y hé allí que les cobra tirria y se pone á huir de todos los en cuyo pecho no descubre la fuente de las afecciones que están endiosando el suyo.

propio. El misántropo es filósofo imperfecto por exceso de elevación genuina de espíritu : le faltan para ser santo los requisitos de la caridad que son, según san Pablo, sufrirlo todo, tolerarlo todo, perdonarlo todo, y no desesperar de la enmienda y la salud de los tristes mortales. Timon dió con su epitafio compuesto por él mismo ejemplo de tenacidad indigna de la verdadera filosofía. Que los vivos aborrezcamos puede ser justo, cuando el aborrecimiento está fundado en el amor á la verdad, la rectitud y la pureza del alma ; que los muertos rompan la tumba con el ímpetu del odio, y en la oscuridad de la noche saquen la voz afuera para hacerle saber al hombre que no han dejado de aborrecerle, es inmortalizar el odio, la más brava de las pasiones. Disculpable nos parece aquel ateniense feroz cuando, preguntado por un colega suyo en un banquete si estaba con gusto, respondió : Lo estaría quizá, si tú no te hallaras á mi vista. Pero decirle al que iba tras él : « Pasajero, aquí yace uno que te aborreció en vida y te aborrece dentro del sepulcro ; no te detengas en este sitio ; » es enajenamiento más estudiado que natural, pues nadie tiene derecho á turbar las armonías silenciosas de la muerte allá en las entrañas de la inmortalidad, donde se están desenvolviendo arcanos en un todo diferentes de las defectuosidades de este mundo. Aborrezcamos aquí, si la virtud ofendida tiene sed de santos odios ; aborrezcamos, si la corrupción tiene hambre de las virtudes. Es propio de los hombres que han llegado al colmo de la iniquidad, dice san Ambrosio, experimentar dentro de sí mismos repugnancia, inquina, odio manifiesto por los de bien, y simpatía declarada por los

perversos y criminales. Ya veis que los malvados tienen necesidad de aborrecer : sin el lazo de este negro amor entre ellos, el aislamiento pudiera amenguar su fuerza, y su poderío sobre hombres y cosas viniera en disminución. Son muchos y tanto pueden ; andar : la preponderancia del mal sobre el bien, del crimen sobre la virtud, del vicio sobre la templanza, es pensión nuestra : redimirnos de ella no nos será dable mientras no mejoremos de vida con la muerte, mientras no pasamos de la baja tierra á un planeta superior que gire en órbita más próxima del centro del universo, foco de luz en donde habita invisible el dueño de los mundos.

Para todo se reúnen los hombres : para dar leyes, para infringirlas ; para alabar á Dios, para perderse con la blasfemia ; para explayar su sabiduría, para poner al viso su negadéz. Placeres y gozos, las más sociables de las sensaciones ; á no ser los contentos recónditos de la inteligencia, los triunfos silenciosos del corazón, que toman cuerpo en la soledad del genio, y se levantan á regiones no columbradas por el vulgo de las alegrías. Tristeza, dolor suelen ser personas solitarias : las lágrimas de verdadera pesadumbre gustan de las sombras ; la mano de la noche es suave enjugador que consuela con prudente bondad, prometiéndonos el secreto de nuestras angustias y tribulaciones : nadie que padezca de veras podrá decir : Oh vosotros que estais pasando, venid y llorad conmigo. Soledad es trono de la melancolía : el infeliz necesita un monte donde suelte la voz y en ella mande al cielo sus amarguras, pidiendo compasión á lo insensible, abrazándose con lo invisible en

sus rebatos de sensibilidad alocada, ó bien un aposento oscuro donde se consuma á pausas sin queja ni ruido. La casa del dolor entre los antiguos mejicanos fué, probablemente, asilo de pesadumbres vanas y lágrimas fingidas : habiendo un establecimiento público de dolores y desahogos, mucho nos tememos que allá fueran hombres y mujeres á engañar con infelicidades apócrifas y llantos facticios : á nadie le falta un agujero donde encierre sus pesares bajo la vigilancia del sufrimiento, ó dé corriente á su desdicha por el declive de las lágrimas y los ayes apasionados que solemos echar cuando estamos ciertos de no ser oídos.

Bien así como nosotros tenemos hospitales para los enfermos, fundaciones de misericordia para los desamparados, asilos para los huérfanos, así los mejicanos tenían hospicios para los corazones locos, receptos para las almas caídas en tristeza, refugios para las desgracias excesivas. Pero á ellos no iban en busca de remedio los que de tales achaques adolecían ; pábulo iban á dar á sus dolores, rienda suelta á sus lágrimas protegidas por la Nacion, la cual costeaba el sustento de sus hijos sin ventura, mientras estaban llorando desengaños, esperanzas fallidas, ó ausencias frescas, que suelen ser las tristes. Ausencia no es como el vino, que mientras más guardado mejor : amor, dolor se desvanecen, tanto más pronto cuanto que no se les puede corchar herméticamente : si están al aire, con la ausencia, se van ; y de esos tan aromáticos licores no queda sino lo insípido y sin fuerza. Por donde venimos á colegir que á las doncellas enamoradas, al año de ausencia, el Gobierno las

mandaba poner en la calle, teniéndolas por huéspedes sin necesidad. Las seis meses viudas estaban asimismo comiendo de balde : cumplido este plazo, los vigilantes del hospicio les daban su pasaporte. Ni sufrían por más tiempo á los pretensores que habían dado en caso de desesperacion, por causa de negativas invencibles. Nosotros estamos mejor á este respecto : mal ajeno de pelo cuelga : la casa del dolor no es fundacion de nuestro siglo. De los achaques físicos, las desgracias corporales, mucho que nos dolemos : las enfermedades del alma, los quebrantos del corazón, burla para los agraciados de la suerte. En hecho de religion es á la inversa : los clérigos, buenos cristianos, cabezas torcidas de uno y otro sexo, fanáticos y tartufos, no vigilan sino el alma de los demás ; con la propia y el cuerpo de sus amigos, puede cargar el diablo á la hora que le convenga. Aun por eso decia san Francisco Javier escribiendo á san Ignacio : Empeñaos en sacar vuestra alma de los infiernos, ántes que del purgatorio las de vuestros prójimos.

Para nada suelen buscarse los hombres con más anhelo que para comer : mil veces habreis oido á mil personas, si solos sin apetito. La mesa de la familia es convite diario : Priamo se hubiera quedado en ayunas, ántes que comer de por sí en su aposento, dejando la cabecera de esa rodeada por su mujer, la venerable Hécuba, y sus cincuenta hijos y yernos. El gusto de ese anciano dichoso era ver en medio de la mesa comun el ciervo del monte Ida, á cuyo costado fuera recta y veloz la flecha de Héctor : el animal está allí asado entero,

reposando sobre fuente de bruñida plata ; y como por adornos y paramentos, banderillas de púrpura con muharras de oro se levantan sobre la cerviz y la cabeza de la provocativa alimaña. Media docena de cabritos son apenas suficientes para la disposición admirable de tantos mozos hambreados con el ejercicio : el gordo lomo de las bestezuelas se ha partido al fuego : cien ampollas se levantan en el pellejo retostado, las cuales harán ruido delicioso en los dientes de los comensales, cuando cada uno, dueño de su porción, lo sea de dar gusto á su apetencia. Pimientos largos de color de grana, frutos de los huertos del rey orillas del Escamandro, cuelgan de las orejas de esos animalitos muertos ; y en la boca tienen atravesado cada uno de ellos un cilindro de ámbar, todo por dar aire y belleza al objeto con el cual tan principales señores van á regalarse. Veinticinco pichones de paloma torcaz, migados y aderezados según el arte del guion de los cocineros, satisfarán luego á los cincuenta príncipes : á uno por barba, no sería posible : París y Deifobo, Casandra y Policena se habrán de dar por bien servidos con media pieza, que no es poco para tan sutil bocado. Allí viene un repollo enorme, compuesto de infinidad de abiertos calecicos : es la coliflor sobre tazon de bronce acicalado, la cual reposa metida hasta la rodilla en una salsa blanca que apetecieran los dioses. Tras este plato el copero mayor vierte en la de Príamo un licor entre rubicundo y amarillo claro, que harto parece ser vino de Cabeso : la apura el anciano, acompañándole su esposa ; ni es concedido á hijos para quienes el respeto filial es parte de la religión, beber á un mismo tiempo con tan augustos señores : despues

tomaron sendas copas los muchachos de sangre real, con vènia de su padre, absteniéndose las del sexo femenino, las cuales no gustan sino del agua de un manantial que brota de una vírgen peña asombrado por un grupo de arrayanes en edad florida.

De los troyanos á los griegos no hay ni un paso ; en la Iliada están juntos, aunque no para solazarse en amigables festines, mas aun para beberse la sangre en la batalla. De presumir es que los banquetes de los primeros hayan sido más remirados que los de los segundos, por cuanto sabemos que éstos recibían la ley de las divinidades groseras, y éstos de las cultas y pulidas. El dios de la guerra hubiera comido sin reparo una pierna de res como hoplita en campaña : el de la poesía requiere comedor cuyo pavimento esté cubierto de alfombra de Cachemira, y las ventanas engalanadas con pomposas velas de ostro de Tiro : si ya el intonso mancebo no prefiere la gruta de Calipso, y se pone á la mesa tendida de hojas de plátano, tan verde como fresco mantel. Si la sobriedad era ley entre los griegos, no sé : pero es cosa bien averiguada que los romanos los dejaron atras en el comer, bien así como en otras muchas artes y habilidades. El mérito de los festines de Cimon no estuvo en lo suntuoso y delicado, mas ántes en lo franco y generoso : las puertas de este célebre griego estaban de par en par, y la mesa siempre tendida para los pobres en su casa. Manjares sanos y abundantes, ajuar de buen gusto, paños limpios y criados atentos sufragaban por la buena intención del caritativo gran señor ; y el vino, sin escasear para la necesidad y la

alegría, faltaba en todo caso para la embriaguez. En la mesa de Cimon todo era compostura; ni se dió que asistente á esas comidas saliese alguna vez dando voces que acreditasen perturbacion del ánimo por obra de maléficis licores. Cimon era rico para los pobres: depositario de grandes bienes de fortuna, hubiera tenido para sí que cometia fraude con el goce de ellos circunscrito á él y su familia. Pluguiese al cielo que todos los opulentos señores se dejasen influir por tan noble aprension, y no fuesen dueños de riquezas sino para servir de instrumento á Dios con el ejercicio de la más saludable de las virtudes, que es la caridad. El que por ostentacion y orgullo festeja á grandes y ricos, dejando ahí hambrientos á los menesterosos que llegan á sus umbrales, comete poco ménos que un hurto: lo superfluo de unos pertenece en ley de justicia á los que carecen de lo necesario. Tal lo pensaba Cimon, cuya casa fué siempre tierra prometida de los que habian hambre, sin que á la puerta estuviese oficial ninguno para inquirir el partido ni la clase á que el concurrente pertenecia: hambre era buen derecho y tarjeta de entrada en esa noble mansion; así es que el dueño de ella ha pasado á la posteridad, no por haber herido de muerte un millon de hombres ni por haber entrado ciudades á sangre y fuego, sino por el cumplimiento de sus deberes como hijo de la patria, y el ejercicio de las virtudes en la órbita donde gira silenciosamente ese mundo modesto que llamamos vida privada.

Muchos personajes triunfan en la historia romana por la opulencia y el orgullo; no hallamos uno que se haya

vuelto inmortal á la manera de Cimon. Luculo, su paralelo en los varones ilustres de Plutarco, no ofrece término de comparacion sino en lo rico; en cuanto al modo de invertir sus riquezas, no entra en parangon con el otro sino por aspectos encontrados. Liberal es el romano, y aun derrochador; mas no vemos asomarse un pobre por su casa. En sus huertos tiene Luculo todo género de hortalizas, en sus granjas toda especie de animales y aves comestibles: sus bodegas rebosan en vinos de Grecia y de Italia, preponderando las ánforas del exquisito falerno. Las perdices engordadas con trigo candeal son para Craso; los peces de los viveros adonde arrojan cuerpos humanos son para Lépido. Lampreas arrancadas á los peñascales submarinos, langostas suculentas, pájaros raros, de todo hay, y en abundancia, en esa espléndida mansion de la sensualidad. A ella no entran sino los ricos, allí no comen sino los magnates, de los cuales esas mesas están rodeadas de continuo. Un dia que Pompeyo, despues de larga enfermedad, estaba necesitando una cordoniz, para un pisto propinado por su médico, éste le hizo saber al propio tiempo que en la presente ocasion esa ave no se hallaba sino en los huertos de Luculo. Pompeyo respondió que comeria otra cosa en vez de la codorniz; y que si era preciso pedir favor á Luculo para salvar la vida, de buen grado optaria por la sepultura. Magnánimo hombre ése! Pero no es mi asunto el gran Pompeyo, sino hacer ver que al tal Luculo no le faltaban en una estacion las cosas propias de otra, ni estando en Roma le escaseaban los tópicos del Asia, como uno que todo el año tenia á manta regalos del mundo entero.

Epicuro estaba triunfante en esos palacios, esas quintas de recreo, esos jardines de verano por donde los Genios del amor tenían mil retiros encantados y mil graciosas encrucijadas. El deleite es el bien supremo; tal la inscripción en caracteres de oro que llamaba los ojos de los transeuntes hacia el palacio de Luculo. Y no que este gran romano hubiese sido toda la vida ruin sirvo de las pasiones terreras, ni servidor miserable de los vicios, cuando! Expediciones militares llevó adelante, ciudades fuertes embistió, enemigos mató sin cuento, naciones sojuzgó, reyes trajo uncidos al carro del triunfo; pero donde Cimon el griego tuvo por bien coronar sus hazañas con la modestia y las virtudes, Luculo el romano tuvo por mejor agregar á su corona de encina la joya del sensualismo. Epicuro se llevaba en Roma de calles á Zenon: cuanto á Pitágoras, pobrecito, hasta Marco Tulio, con ser quien era, se le hubiera reido en las barbas.

No fué pitagórica, sin duda, la comida con que el dicho Marco Tulio regaló á Julio César en su quinta de Tusculum. No digo banquete, porque no fué cosa de pensado: el vencedor en Farsalia llegó allá como por casualidad, el dueño de casa le habia estado esperando sin esperarle. ¡Y qué huésped he tenido en casa! exclama éste, escribiendo á un amigo suyo; quién, si pensais? César, el gran César! Pobre Ciceron... es el mismo que poco ántes habia sentado baladronada como ésta: « Quiero más bien ser vencido con Pompeyo que vencedor con César; » y ahora es dicha para él tener un instante en su casa al destructor de Pompeyo y su par-

tido. Admirad primero el don de gentes y el poder del uno sobre los corazones, que la veleidad y ligereza del otro: Ciceron echó de ver en César un grande hombre, y fué de los suyos; tanto que en Tusculum le sirvió con gracia nunca vista, quedando él tan admirado del buen humor de su huésped, como éste pagado de la hospitalidad de esa bella quinta. Seria Ciceron hombre de servir á sus comensales peces alimentados con carne humana? No lo creemos: entre las virtudes de ese claro varon, la sobriedad se halla en primera línea: decente, eso sí; largo tambien: pulcro y remirado, no hay para qué se diga. Su inclito huésped comió con admirable disposicion, bebió algo más de lo justo, y con una sí es no es zorra, chanceó con su rival de tribuna, y se fué dejando allí un corazon cautivo y un admirador importante. No hemos dicho que César tomó un baño primero que se sentase á la mesa? Pues! si ésa era costumbre entre los antiguos, y el ungirse con aceites aromáticos, y el derramarse perfumes en la cabeza. Bonito era el señor don Julio para omitir en ninguna circunstancia el acicalamiento de su persona: porqué le querian chicas y grandes, si gustais? Gentil era de porte, agraciado de rostro, insinuante de maneras: ved ahora por donde señoras y señoritas, damas y damiselas daban sus pedazos por ese amable pícaro.

Ciceron no era pitagórico; pero distante se hallaba del epicureismo: comia carne el buen viejo, y aun asistia á convites suculentos. Tengo para mí que no se hubiera resistido á concurrir á la mesa del filósofo de Samos: ¿no está allí la col, persona humilde, pero útil

más que todas? La col, sobre ser alimento puro, era medicina para los romanos del tiempo de Catón el antiguo; era la mano de Dios. Quinientos años no conocieron otra droga esos hombres prudentes que el vegetal más modesto, más fácil de cultivar y de hallar para los pobres. Dicen que la col nutre y limpia la sangre: Pitágoras, que sabía cosas ignoradas por sus contemporáneos, tenía en mucho esa planta bienhechora. Catón Censorino la proclamó la primera de las comestibles. En los tiempos modernos es la humilde plebe del reino vegetal: será mucho si en mesa aristocrática, y ménos en convite, se muestre por ahí en un rincón á guisa de lacayo de los manjares principales. No ocurre lo propio con la coliflor, siendo como es de una familia con ella. Pero ésta se ha ennoblecido: si no se casó legalmente, su madre tuvo secretos con un galán de sangre más aquilatada que la suya: coliflor es muchacha que pica muy alto en lo de nobleza y principalidad: mestiza de campanillas, no se contenta con ménos que con sentarse par á par de la alcachofa, la lechuga, los espárragos, clase condecorada que recibe distinciones de príncipes y banqueros. La alcachofa... y miren si la bellaca no echa por las de Pavía, cuando no la saben morder, chupar y saborear golosamente. Ella, como Aquiles, no puede ser herida sino por una parte: el hijo de Peleo por el talón, la alcachofa por el cimientito: quien la embistiere por otro lado, saldrá por el albañal, y más si le está mirando una hermosa pronta á reírse de su desmaño. Para desventura de los benditos que aun no han soltado el pelo de la dehesa, tales cosas suelen suceder ántes que las agradables: comerse la alcachofa en vez de

chuparla, á más de un tonto le ha sucedido. Qué plato éste! dice para su capote en cuanto está mascando esa hojita dura, estoposa, irreducible: estos ricos comen unas cosas... Bruto! no se coma usted la hoja entera; muérdale la raíz, y saque con gracia esa jugosidad suavísima, y vea si le gusta la alcachofa.

Entre las extravagancias que suelen ciertos pueblos servir á la mesa, está el caracol terrestre que llaman *churo* en algunas partes de América. Tendrá este hijo de la arena sabor agradable, sustancia, y aun sabrosidad declarada; pero así como un plato de almejas es nonada ridícula, así una fuente de caracoles es majadería de ruin aspecto en convite, ó sea comida familiar. El sér viviente que está oculto en los rincones torcidos de su casa, debe de ser muy feo: chupar su coraza, arrancarle con fuerte inspiración y mascarle crudo, allá se va con levantar una piedra y echarse á la boca de uno en uno los gusanos que van saliendo. Que comer no nos falta, gracias á Dios: la carne de caballo ha venido en estos días á aumentar nuestras provisiones; ¿porqué echar mano por cualquier insecto crudo, y regalarnos con él cual si fuera un presente de los dioses? Los reyes de Persia comían un pajarillo no mayor que el colibrí llamado malvis. Jerjes sería ó Artajerjes, ¿yo qué diablos sé? uno de estos reyes, los cuales en lo antiguo se llamaban *sofis*, y hoy se titulan *shahs*; pues uno de estos *shahs* ó *sofis* tenía madre brava y envidiosa, y mujer linda y buena. La vieja le condenó á muerte allá para sí á su querida nuera. Nuera y suegra no podían vivir juntas. La reina, á quien no se le llovía la casa,

empezó á cautelarse de las caricias de la madre de su marido, y á huir de sus demostraciones afectuosas, y á ponerse en cobro de ese ardiente amor del cual era constante objeto. Ya porque le estaba doliendo el estómago, ya porque no tenia hambre, ya porque tal cosa le hacia daño, la reina no le daba el gusto de aceptarle nada á su señora suegra; pero nada, lo que se llama nada. Un dia hubo malvises á la mesa: cada bolita gorda, blanca de las que allí estaban amontonadas en largo plato de oro, hubiera bastado para tentar y perder á un ángel, bien como la manzana perdió á nuestro primer padre. Si la vieja le ofrecia uno entero, seguro estaba que hubiera salido con su intento: qué discurrió la pazpuerca de sangre real? untar de sutil ponzoña la una cara del cuchillo, infestar el un lado de la presa, y así, sin que fuese posible la desconfianza, mandarla á dormir con sus padres á la pobrecita, cuya culpa era ser por extremo bella, y por todo extremo amada de su consorte. Hija, mira, yo te voy á servir este muñequito que nos han puesto revuelto en mantequilla: tú la mitad, yo la mitad, y Dios no ayude á entrambas? Con mucho gusto, respondió la princesa, mirando al shah que la estaba requiriendo con los ojos. Comió la reina: ¿quién hubiera creído lo que habia hecho la maldita de la suegra? comió y entregó el alma á Zoroastro esa misma noche, y la vieja se quedó sin sombra ni rival en el palacio y el imperio. Si os sirvieren malvis revuelto en mantequilla, escatimad desde luego prolijamente las dos caras del cuchillo de vuestra suegra, no sea que allí esté la muerte untado el rostro invisible con un menjurge sin olor, color ni sabor.

Los reyes de Persia, como queda dicho, comian malvis: Eliogábalo, *el delicado nimen de la Siria*, se abilitaba de sesos de avestruz: los epicúreos de Sud-América se darán ya á comerse el bombix ó gusano de la seda, y servirán á sus huéspedes sopas de mariposas; ¿y cómo no, cuando se regodean con el caracolito con sabido? Llegando yo una vez casa de una familia rica del país de Imbabura, sucedió que hubiese caracoles á la mesa: cada cual de los circunstantes apañó un buen porqué de esas conchitas cavernosas, y se puso á chuparlas muy de propósito. Don Guillermo, dijo la dueña de casa á un escocés que en su vida los habia catado, usted no come *churos*? Ah sí, comonó, comonó, respondió el buen viejo; y tomando de la fuente una porcion, abrió un jeme las mandíbulas, se la echó con fuerza adentro, y se puso á mascarlos á dos carrillos, de suerte que su boca era una caja de música con el ruido de los caracoles fracasados. Nadie pudo guardar el semblante de la moderacion: Don Guillermo, volvió á decir la señora, esto no se come así. Ah, sí, sí, respondió el escocés, esto no se come así, esto no se come así; y de una horrible gaznatada se tragó toda esa ampolleta de vidrio mal molido. En poco estuvo que no nos acabásemos de morir de risa cuantos éramos los allí presentes: don Guillermo, con una cara de Olliverio Cromwell, estaba repitiendo: Ah, sí, sí, esto no se come así, esto no se come así.

El que no sabe comer alcachofas, no arremeta con ellas; le puede ocurrir lo que al escocés: la col no ofrece quidproquós tan lesivos para la economía animal y para